

Los que se fueron...

En los últimos años, muchos son los peruanos y peruanas que se han visto obligados a salir del país o han optado por hacerlo para buscar nuevos horizontes en los estudios, el trabajo o incluso en el amor. Pensando en ellos, *ideele* ha realizado esta pequeña encuesta para saber cómo les va en su nuevo hogar, en su universidad, en el trabajo; cómo viven el país que hoy los acoge, cómo han sido recibidos. Desde aquí, el enorme agradecimiento a todos y todas las que respondieron.

Elena Muguruza (Abogada. Schwieberdingen, Alemania)

El pueblo donde vivo, Schwieberdingen, es pequeño: 10.000 habitantes. La vida es muy tranquila y familiar, así que mucha gente anda al tanto de la vida de los otros y sin embargo hay espacios para la vida privada. Me gustan los bosques de mi pueblo y disfruto de las diferentes estaciones del año. Esto fue todo un proceso, porque yo fui muy feliz en Lima y creo que todavía soy una ciudadina acérrima. Y claro: no necesité mucho tiempo para aprender a disfrutar de los diferentes tipos de la cerveza alemana: una puede encontrar una marca por cada pueblo.



Alemania no es un país fácil para los extranjeros. Creo que el Perú integra más fácilmente a los que vienen de fuera y, sin embargo, muchos peruanos sufren exclusión en su propia tierra.

Acá también he encontrado mucha gente que comparte mis ideas y forma de vida, gente que como yo trabaja y tiene que hacer las tareas del hogar y que, como yo, tiene que asumir todas las tareas de la oficina. Esta gente la he encontrado, por ejemplo, en la directiva del Centro de Informaciones sobre el Perú.

¿Cuáles fueron los factores principales que posibilitaron mi integración? Creo que dos. El primero, el amor de mi familia: el cariño de mi hija que ha nacido acá, y el amor y todo el apoyo brindado por mi esposo. El segundo, mi amor por el Perú. Sé que suena contradictorio, pero es así. Muchos de mis logros que han permitido mi integración han girado en torno de mi trabajo por el Perú. Aprender el idioma alemán, hablarlo y escribirlo tenían como meta informar a los alemanes sobre los problemas y posibilidades del Perú, sobre sus organizaciones y su lucha por la vida. Trabajar de *lobby*, de grupo de presión para que el Norte cambie y así el Sur pueda vivir en paz, para que la pobreza en nuestros países desaparezca, le ha dado sentido a mi vida en este país.

Miguel de Azambuja (Psicoanalista. París, Francia)

Casi veinte años han transcurrido desde que me fui del Perú, desde que me vine a París. Diciendo esto le doy gusto a la cronología, ordeno un poco ese "bicho que anda y anda", como decía la Maga. Placer de paradojas, me enrumbo por una digresión:



Miguel antes de partir a París, hace veinte años.

Octave Mannoni decía que la poesía de Mallarmé nos gusta, nos encandila, sin que comprendamos necesariamente el sentido de los versos. El misterio nos concierne e incluso podemos pensarlo, habla de nosotros. La explicación que propone Mannoni es extremadamente interesante: ese universo sonoro que nos emociona y nos recoge evoca aquel otro universo cuya significación desconocía y que sin embargo me era dirigido: "La poesía de Mallarmé nos transporta a una edad en la que teníamos que adivinar el sentido de lo que escuchábamos". En otras palabras, puedo cambiar de país, estar en contacto con una lengua extranjera cuyo sentido se me escapa, y que esta experiencia despierte en mí la lengua materna. Es cierto que frente a la lengua materna todos somos extranjeros; es una de las vueltas misteriosas que ofrece el camino hacia uno mismo. Ítaca no se encuentra ahí donde uno la imagina.

Como los fagots, hay viajes y viajes. ¿En qué momento salí del Perú? A veces pienso que ya había salido antes de tomar el avión y otras, acá en París, que en el fondo sigo estando en Lima, esa Lima de sensaciones que olvidé y que a veces aparecen de improviso, una noche de verano caminando por París. París es mi magdalena urbana, "jamás tan cerca arremetió lo lejos". Como decía el otro día una psicoanalista francesa, los filmes o relatos de ciencia ficción nos gustan por la nostalgia que producen. Paradójicamente, es mirando hacia adelante o hacia afuera que uno encuentra sus raíces.

Pero bueno, eso no elude la pregunta, me parece, sino que más bien me ayuda a contextualizar mi respuesta. Los juicios que pueda emitir sobre mi relación con este país, con París y sus habitantes, están sostenidos por la tensión imparable entre el aquí y el allá, el adentro y el afuera que traté de evocar líneas atrás. Me vine hace veinte años y, luego de innumerables peripecias, ejerzo como psicoanalista y trato de tener tiempo para leer, escribir, caminar, ir al cine o a alguna exposición, y estar con la gente que quiero. Quiero también a esta ciudad, y sus habitantes me enternecen o me exasperan, me sorprenden o me decepcionan, lo que a veces hace que me descubra, en relación con los franceses, en la extraña posición de sniper tierno. *Non liquet!*

Pero, y aludo aquí a mis partes oscuras, si bien es cierto que el Perú está conmigo en París, por complejas razones puedo estar con el Perú pero de lejos. En estos últimos veinte años he ido al Perú cuatro o cinco veces solamente, y ello me inquieta un poco.

La distancia forma parte de mi relación con el país. Quiero creerlo así. Ello no impide que las huellas del Perú se vayan esfumando paulatinamente y que los contornos de mi país sean cada vez más borrosos, sin que sepa a ciencia cierta si es Lima la que va convirtiéndose en fantasma, o me ocurra más bien, como en la película española, que quien va convirtiéndose poco a poco en fantasma soy yo.

Troy Requena Portella (Berlín, Alemania)

Llegué a Alemania allá por 1992, después de una estadía (muy trabajosa) en el Japón. No pensé quedarme tanto tiempo aquí, pero la posibilidad de estudiar en Alemania se presentó y la aproveché. Las "locas ilusiones" me llevaron desde mi Bausate y Meza de Lima hasta la Universidad Libre de Berlín.

El modo de vida de los alemanes sorprende a cualquier peruano. Su puntualidad, eficacia y empeño por terminar toda meta propuesta influye a todo recién llegado. Pero su poca espontaneidad, su individualismo, su ínfima sensibilidad y su "deutsches humor" (humor alemán) no convencen. Resaltante en ellos es que nos ven (a los peruanos) como parte de una alta cultura milenaria (la incaica), algo que ni en el Perú se nos aprecia y por el contrario es motivo de discriminación racial. Además, saben por cultura general datos básicos de nuestra historia, música y costumbres. Todo eso gracias a que en la TV alemana pasan muchos programas culturales en los canales estatales. A los peruanos nos asombra tal variedad.

No está de más decir que son los *meister* (campeones) viajando, costumbre que muchos peruanos adoptamos y que nos abre una mejor visión del mundo. Sin embargo, ser *ausländer* (extranjero) en Alemania es ser ciudadano de segunda clase. Tus derechos están restringidos, y aunque muchos se "nacionalicen" alemanes, seguirán siendo extranjeros, pues la cara y su acento los delatan.

Aquí puedes entrar en locales exclusivos y nadie te pregunta de dónde eres. En Lima tu cara es la entrada. Aquí la gente habla por costumbre con pocas palabras, y si no entiendes a la primera alzan la voz (detestable para nosotros los peruanos, normal para ellos). No conocen las relaciones públicas y tienen poca paciencia; esto los lleva a ser demasiado prácticos en su vida cotidiana (chocante para el que viene de un país como el Perú, donde la gente acostumbra hablar con respeto y simpatía).

Desde 1992 vivo aquí en Berlín. Hay mucho verdor por donde lo veas y bastante vida bohemia, ideal para el latino. Uno se siente bien cuando se sabe que la gente en Berlín no anda fijándose en cómo te vistes. Si quieres vas enternado y a la vez manejando bicicleta, o con melena azul y aretes grandes siendo dueño de un restaurante. De Ryley ¿no? En ese sentido hay libertad y no crítica.

Desagradable es saber que rondan por algunas calles de Berlín los detestables *skinheads* (cabezas rapadas). Eso nos irrita a todos, y peor sabiendo que al escuchar *ausländer* raus (extranjeros fuera) también nos ofenden a los peruanos, aunque seamos una colonia de "solo" algunos miles.

Myrian Carbajal (Trabajadora social. Friburgo, Suiza)

Tengo treinta y dos años y vivo en Friburgo (Suiza) desde hace seis años. Vine con una beca de estudios para hacer un doctorado, y por cosas de la vida sigo aún en Suiza. Sí: el amor nos hace tomar rumbos a veces no imaginados. En fin, estoy en Suiza no sé todavía hasta cuándo, porque no solo el amor invita a tomar nuevos rumbos; también —en muchos casos— el trabajo. Mal que bien, no puedo quejarme de la acogida formal de este país. Pero bueno, la experiencia migratoria no se reduce felizmente a esto. La acogida informal también cuenta: los amigos, la disponibilidad, la amabilidad, la apertura, el compromiso y el enriquecimiento mutuo forman parte de la vida en Suiza. Pero se trata de un proceso recíproco. Es cierto: es necesario que haya una disposición, una apertura del otro, y además es necesario que este otro se dé tiempo (por si acaso, tiempo es una palabra clave en Suiza) para escuchar, conocer y compartir. Pero también nuestra actitud a darse, a entregar una parte de nuestro ser, una parte de nuestra riqueza cultural viene a completar este proceso. El encuentro con personas de diferentes culturas, religiones, tradiciones y costumbres es una de las cosas más importantes que he descubierto.



Flor de María Meza Tananta (Abogada. Montevideo, Uruguay)

Me siento acogida, reconocida y bien tratada por la gente que conozco y voy conociendo cotidianamente. Uruguay ya no es más un país lejano. Tiene rostros concretos: los de mis dos amores, los de mis afectos y los de todos y todas las uruguayas con quienes voy caminando en la utopía de construir una sociedad justa, humana, equitativa.



Me gusta la tranquilidad de la ciudad. A pesar de vivir frente a una calle transitada, el ruido es casi imperceptible. Me gusta mirar por las calles y ver el verde de los árboles. Me gusta que aún queden políticas de Estado que protejan a los que se encuentran incapacitados para trabajar; que haya seguro de paro (de desempleo); que por gestión de la Intendencia Municipal de Montevideo los mayores de setenta años y los niños chicos no paguen boleto en el ómnibus. Esto también vale para los escolares que viajan gratis todo el periodo escolar, cosa no menor, pues les permite ir a la escuela cómodamente. Me gusta el dulce de leche y la murga, el candombe y los tamboriles que me recuerdan nuestra música negra. En fin, me gusta oler los eucaliptos de Piriápolis en verano, escuchar al negro Rada, a Canoura, a Jaime Ros y al mítico Gardel. Me gusta el asado con los amigos, la charla con Su, pasear por la Rambla montevideana. Me gusta que en tiempos de elecciones la gente pasee con su bandera partidaria, en bicicleta, a pie, envuelta en ella y en sus sueños...